



(Lain Calvo.)

LAIN CALVO.

Menos discordes los historiadores antiguos sobre el origen de Lain Calvo que lo estan sobre el de Nuño Nuñez Rasura, los mas convienen en que fué hijo de D. Gumersindo, señor de Castro-Xeriz y gran soldado: en efecto, así resulta de los documentos mas auténticos que se han podido adquirir, y por ellos se infiere que nació, ó en dicho pueblo de Castro-Xeriz, ó en uno de los Burgos, de que despues se formó la ciudad de este nombre, llamado el Morco, hácia el año de 798, bajo la soberanía del conde D. Diego Rodríguez, deudo suyo muy cercano. Educado conforme al espíritu guerrero de su padre y á su lado, consta por una escritura de donación que éste hizo de dos cálices y unas tierras al abad del monasterio de San Martin de Flavio, en el año de 816, que en el anterior, esto es, á los diez y ocho de su edad, se habia hallado Lain en una batalla dada á los moros cerca de la villa de Pampliega, en la que habia ostentado su valor é intrepidez; pues el padre, en dicho instrumentó, manifiesta su gratitud al cielo por haber libertado al hijo del grave riesgo en que se habia metido. A éste, que pudo ser el primer rasgo de la inclinación de Lain á las armas, sucedieron otros que le acreditaron en la milicia castellana, y los justifica otra donación que, junto con su padre, hizo en el año de 822 al monasterio de San Vicente de Fistles, de ciertas porciones de trigo, vino, legumbres, cera y leña, como en recompensa de las muchas oraciones y sacrificios de aquella comunidad por su buen éxito en los encuentros con los moros, que los supone peligrosos y frecuentes. Desde este tiempo hasta el año de 843, en que fué elegido para la suprema judicatura de Castilla, no se sabe cosa memorable de este varón ilustre que esté legitimamente comprobada, excepto su matrimonio con doña Teresa Nuñez, hija segunda de Nuño Nuñez Rasura, su primo, como viznietos ambos del duque de Cantabria D. Fruela.

Nombrado juez en los términos que se refiere en el sumario de la vida de su compañero Nuño, y encargado de los negocios militares



(Nuño Nuñez Rasura.)

por el motivo que allí se insinúa, trabajó incesantemente en la defensa de su patria, y en dar mayor estension á sus límites. Se halló en la famosa batalla de Clavijo al lado de su conde soberano y rey de Asturias D. Ramiro, en el año segundo de su judicatura; y en los de 831 y 85 en dos fuertes incursiones que hicieron los moros, en los campos de Lara la primera, y la otra en los de Castro-Xeriz, en cuyas jornadas escarmentó de tal suerte á los enemigos, que despues de haberles derrotado, les hizo abandonar veinte y cinco poblaciones que agregó al condado de Castilla.

No solo fué grande Lain Calvo en la milicia; lo fué tambien en el gobierno político: muchas veces se le vió dictar leyes en los Burgos con su compañero Nuño, y muchas en la villa de Fuente-Zapata, llamada desde entonces Vi-jueces. En ambos parages consta que daban audiencia juntos y administraban Nuño y Lain, y en ambos se conservan en el día monumentos que lo acreditan, aunque no exentos de alguna critica: en Vi-jueces el tribunal mismo, que es una especie de pórtico de piedra, y en Burgos, en el archivo de la ciudad, la silla en que se sentaban para sentenciar cuando tenían su residencia en los Burgos, que no es de piedra, como suponen con equivocación Sandoval y otros historiadores, sino de madera de nogal, muy fuerte y groseramente trabajada. Reunidos los burgaleses, hicieron igual aprecio de Lain Calvo que de Nuño-Rasura, erigiendo á su memoria otras dos efigies á par de las de su compañero, con una inscripción que publica cuánto debieron á su valor y á sus armas: dice así:

*Laino Calvo fortiss. civi
Gladio Galeeque civilatis.*

Se cree que murió Lain Calvo en el año de 870, porque en fin de 869 vivia aun, segun otra escritura de donación á favor del referido monasterio de San Martin de Flavio, y despues no se encuentra testimonio alguno de su existencia. Si la memoria de su compañero debe ser recomendable por haber sido progenitor de los últimos con-

5 DE AGOSTO DE 1851.

des de Castilla, no lo debe ser menos la de Lain, porque lo fué del inmortal Cid Campeador Rodrigo Diaz de Vivar. Su retrato, así como el de Nuño, se ha sacado del que se conserva pintado al fresco en la sala de la torre antigua de Santa María de la ciudad de Burgos, y no tiene mas autenticidad que aquel.

NUÑO NUÑEZ RASURA.

Son tantas y tan variadas las opiniones acerca del origen, vida, sucesos, autoridad, y aun existencia de los Jueces de Castilla Nuño Nuñez Rasura y Lain Calvo, que aunque sería de mucho interés dar alguna idea de ellas para el mejor convencimiento de la verdad, los precisos límites de un sumario no lo permiten. Dejando pues este prolijo trabajo para quien de intento se tome, como lo ha hecho alguno, el de escribir su historia, se formará su extracto de las noticias mas fidedignas y mas autorizadas que se han podido adquirir.

Nuño Nuñez Rasura, señor y conde de Amaya, nació en esta villa (probablemente á fin del año 789 ó principio de 790), siendo soberano de Castilla el conde don Rodrigo, abuelo suyo. Su padre don Nuño Rodríguez, no el fabuloso don Nuño Belchides, hombre de probidad y de talento, puso todo su esmero y su conato en educarle segun su calidad, y como á hijo único que era, encargando el cuidado de su instruccion y sus costumbres á un venerable monge de san Martin de Tausa, llamado Mauro. No fueron infructuosos sus desvelos: desde sus mas tiernos años comenzó á dar pruebas de la impresion que habian hecho en su alma sus lecciones, y apenas habia entrado en la edad juvenil, cuando ya su nombre era respetado en la sociedad y en la milicia. Los continuos choques que sostenian los castellanos contra los sarracenos para mantener su libertad é independencia, y para estender sus dominios, acreditaron á Nuño de buen soldado, y sus consejos en la direccion de negocios de la provincia de buen político.

No tenia aun treinta y cinco años, cuando junto con su muger doña Argelos, dió fueros á su villa de Brañoseia, estableciendo en ella un gobierno sabio, que despues influyó infinito en el general de Castilla, y le sirvió á él mismo como de norma en el desempeño de su famosa judicatura.

Muerto don Alfonso el Casto, y llamado á la sucesion de la corona de Asturias su primo don Ramiro, conde soberano de Castilla, por su segunda muger doña Urraca Paterna, heredera de su padre el conde don Diego Rodríguez, temerosos los castellanos de que con la falta de sus verdaderos dueños se suscitasen en Castilla iguales alborotos y levantamientos á los que se experimentaban en Asturias y Galicia, por no tener á la vista legitimo señor que les gobernara, acordaron entre sí elegir dos hombres rectos, que con absoluto poder les administrasen justicia, y amparasen sus tierras de semejantes insultos y de las continuas correrías de los moros. Juntos pues á este efecto todos los ricos hombres, hijosdalgo de Castilla y los procuradores de los Concejos de Bardulia, á propuesta de don Suero Fernandez, uno de los sujetos mas calificados del congreso, fueron nombrados Nuño Nuñez Rasura y Lain Calvo. Resistieron uno y otro, esponiendo con vigor su insuficiencia para el desempeño de un cargo tan importante; pero firmes los congregados, insistieron en su resolucion, hasta que por los dos les fué otorgada la gracia de admitirle. Confirmaron los condes esta eleccion como soberanos de Castilla; y en virtud de tan sagrados y legitimos títulos ejercieron su autoridad Nuño y Lain, con poder supremo y absoluto en las ausencias de los condes, y limitado á la administracion de justicia cuando estos soberanos residian en Castilla.

Las circunstancias en que se hallaban por entonces los castellanos exigian que uno de estos insignes varones, en quienes habian depositado su confianza, atendiese peculiarmente á los negocios de la guerra; y habiéndose encargado de ellos á Lain, cayó todo el peso del gobierno político sobre Nuño. No es posible caracterizar con hechos particulares la conducta de este supremo magistrado en su judicatura; pero la general opinion no interrumpida, la tradicion constante entre los castellanos, sostenida por documentos auténticos, y el fuero de Castilla formado por el del Albedrío, en que Nuño tuvo la mayor parte, son testimonios de su mucha sabiduria y de su prudencia. Burgos, capital y corte de Castilla, aunque fundada algunos años despues de la muerte de Nuño, por su conde soberano don Diego Rodríguez Porcelos, le miró no obstante como á su escudo, y atribuyó á su sabio gobierno establecido su conservacion y subsistencia. Así lo acredita entre otros documentos menos públicos, la inscripcion con que se consagró á su memoria la efígie de este ilustre magistrado, que hoy se conserva pintada al fresco en la sala capitular de la torre antigua de dicha ciudad, llamada de santa María, que es la misma que posteriormente se puso

al pie de una estatua de piedra que se le dedicó tambien, y colocó en la fachada de la propia torre, y es la siguiente:

*Nuño Rasura civi sapientiss
Civitatis Elípeo.*

No se sabe puntualmente cuando murió Nuño Nuñez Rasura; pero segun la memoria para una fundacion hecha, ó que debió hacerse, por su nieto don Fernando Gonzalez, señor de Lara, en la antigua parroquia de Santiago de dicha ciudad, que es sin duda la que está unida hoy á la de santa Agueda ó Gadea, fué en el año de 862. Su retrato se ha sacado de la referida efígie pintada, la cual no pudiendo haberse tomado del original, se ignora si es copia de alguna otra, ó arbitraria y formada de las ideas de su figura, que sus servicios heroicos habian dejado grabadas en los corazones de los castellanos. Debe ser recomendable la memoria de este grande hombre en la antigüedad castellana, no solo por sus virtudes singulares, sino por haber sido progenitor de los tres últimos condes soberanos de Castilla.

UN EXAMEN FRENOLOGICO.

No puedo ciertamente negarse á Cubi la gloria de haber introducido en España la afición al estudio de la frenología, ciencia hasta desconocida por muchos, y cuyos verdaderos fundamentos sabian pocos. Gall era aquí antes un personaje, casi mitológico, y algunos reconocimientos suyos que á manera de vagas tradiciones se contaban, mas contribuian á edificar su persona con los colores de la estrañeza y la maravilla, que no á engendrar el deseo de estudiar sus obras. En cuanto á lo demas, el soberano desprecio con que el gobierno ha mirado siempre y continúa mirando aquel estudio, y varios sofismas que contra él han inventado algunos médicos y teólogos, han terminado dignamente la obra de indiferencia é ignorancia que á la frenología habia cabido en suerte en nuestro pais, á la frenología, que á pesar de su reciente descubrimiento, se enseña hoy pública y autorizadamente en todos los pueblos cultos, y aun en algunos que no lo parecen.

Mas espone Cubi la historia y los principios de la ciencia en un libro elemental, se le permite que haga esplicacion de ellos en varias universidades, se le presentan en su larga correria por España infinidad de personas solicitando su reconocimiento, se prestan los periódicos á dar publicidad á estos hechos, y todo varia rapidisimamente de aspecto. El furor por la frenología es entonces comparable á la indiferencia que antes habia inspirado; generalizase la ciencia tanto como habia sido ignorada hasta allí, y aun se consigue el raro triunfo de que se popularice y penetre en las masas. Y eso que Cubi, por circunstancias especiales que nosotros respetamos y que de ningún modo le echamos en cara, parecia, mas que un apóstol, un vendedor de frenología.

Esto sucedia por el año 43, y fueron tantos los jóvenes que entusiasmados acogieron con entera fé las doctrinas de Gall, y que siguieron tan á la letra las esplicaciones de Cubi, que al poco tiempo no hubo chico ni grande cuya cabeza no hubiera sido ya reconocida en toda regla. Hubo algunos infatigables: estos solian detener en la calle á cualquiera, aun sin conocerlo, bajo pretexto de palpar un órgano notable en protuberancia; aquellos acometer en toda reunion á quien no oponia en contra la fuerza pública. Se hizo moda indudablemente, y hasta para el amor se encontraron en seguida multitud de aplicaciones frenológicas. La bella y delicada cabeza de una señorita, destinada hasta entonces á servir de adoracion y respeto á los mortales, como lo sigue siendo todavia para los profanos, quedó desde luego á disposicion de los frenólogos, es decir, en sus manos, sagradas por otra parte en los instantes de ejercer el magisterio. No dejarse arrebatar á la vista de tantos atractivos, habria sido vencer los mas grandes imposibles, y yo que no los busco ni mucho menos, me entregué con tanto ardor al estudio de la frenología, como al del corazon de la muger que por aquella época absorbía todo el mio. Bebí en Gall las puras y primitivas emanaciones de la ciencia, aprendí á conocerla y apreciarla en su discípulo Spurzheim, disipé en Combe las dudas que todavia ofuscaban mi mente, y admiré en Broussais el vasto desenvolvimiento de aquella y sus diversas y trascendentales aplicaciones, como tambien su relacion con otras ciencias. No era ya solo la verdad frenológica lo que cautivaba mi espíritu: habia empezado á vislumbrar con ella un sistema filosófico entero que debia su origen á la misma naturaleza. Me hice, pues, amigo entusiasta y partidario por conviccion de la escuela de Gall.

Pero dejemos esto; el lector puede figurarse que trató de escribir un curso de frenología, ó de impugnar los argumentos que sus ene-

migos propalan contra ella, y ni tal es mi propósito, ni la ocasión es oportuna, ni yo me encuentro aun sino en estado de aprender mucho. El título que encabeza estas páginas está indicando mi objeto, que no es otro que el de dar cuenta de cierto examen frenológico, en el cual tal vez se encuentren algunas circunstancias interesantes. El resto del artículo será, pues, una página arrancada de cierto libro de apuntes, en que yo consigné varios de los reconocimientos que sin pretensiones y sin aparato de maestro, he solido hacer en los distintos puntos á que mi estrella me ha conducido.

Hace dos años estaba yo en América, en ese país de encantos y aventuras en que el famoso Chateaubriand bebió tan ricas y nuevas inspiraciones. Acababa de llegar á una de sus mas grandes ciudades, y contra todas mis esperanzas, encontré en ella á un íntimo amigo de la infancia, á un compañero de colegio que no veía desde que nuestro comun maestro, con mas benevolencia que justicia, aseguró bajo su palabra que así traducíamos á Ovidio como á Ciceron, en lo cual despues de todo no se equivocaba. Este amigo, pues, y yo nos debíamos algunas esplicaciones; teníamos que decirnos qué suerte habia cabido á cada uno, y qué éramos.

En cuanto á él, no podia quejarse: dedicado al comercio en aquella verdadera tierra de promision, se habia hecho rico; por lo que á mi tocaba, si bien no lo era, habia ido allí contra mi gusto, y todo se compensaba. Propúsome desde luego que me relacionaria en el país, y empezó por presentarme en casa de una bellísima y opulenta señora que residía en aquel punto, y que contra la general costumbre de la sociedad americana solia recibir de noche á algunas personas. Es verdad que dicha señora era inglesa. Con efecto, llevéme á su casa una noche, y entre las muchas cosas de que hablamos los allí reunidos, ocupó lugar preferente la frenología, bastante conocida ya en América. Esto hizo saltar de gozo á mi amigo, porque el día anterior le habia yo reconocido la cabeza, señalándole la estremada protuberancia del órgano de la adquisividad.

—Señores, exclamó en seguida, somos felices. Tenemos aquí un frenólogo que me ha reconocido ayer, y aunque yo no creo en eso, la verdad es que ha acertado.

—Mi amigo formulaba su parecer sobre la frenología del modo particular que casi todos; para ellos es menor concesion tener á uno por adivino, que prestarse á creer lo que no han estudiado. Por lo demás, ninguno de los circunstantes echó en saco roto la indicacion, y el aprendiz de Gall se vió elevado á profesor por aquella asamblea.

Nada mas natural que empezar por las señoras, y anticipadamente por la de la casa, circunstancia que á decir verdad no me causó disgusto, porque Milady Enriqueta, que así se llamaba, era la inglesa mas bella y seductora, la muger de mas atractivos que haya atravesado nunca el Océano. Notábase especialmente en su rostro, de blanquísima nieve, la espresion de la mas tierna dulzura, de la bondad mas profunda: parecia una muger que se elevaba al cielo, ó un ángel que descendía á la tierra. Con estas impresiones, pues, y sospechando de antemano los órganos que iba á encontrar mas pronunciados bajo aquellas bellísimas trenzas, empecé yo mi reconocimiento. Antes de él debo decir que todos me habian comprometido á ser franco, exigencia á la que accedí gustoso: pero una vez verificado, ni quise, ni me hubiera sido posible serlo. Lo que la frenología me habia dado á conocer en la cabeza de Enriqueta era tan absurdo, estaba tan en oposicion á lo que su semblante decia, á lo que habia yo creído descubrir con mis constantes miradas, que todo el cuidado me pareció poco para disimular mi sorpresa y las dudas que por la vez primera habia empezado á abrigar de la ciencia.

Aquella muger, frenológicamente considerada, era una criminal: la combinacion de ciertos órganos que en su cabeza sobresalian notablemente, y la total ausencia de otros que debian moderarlos, manifestaban una muger hipócrita, ambiciosa, cruel, hábil y sagaz, al par que constante en sus empresas. ¡Organizacion agradable y feliz, de que apenas la mas rígida educacion suele libertar á la especie humana!

Lo que pasó despues no podría describirlo; solo creí notar al despedirme de Enriqueta que no habian pasado para ella enteramente desapercibidos mis pensamientos ni mi turbacion, lo cual á pesar mio me hacia estremecer.

Al salir á la calle mi amigo me propuso un paseo por el mar, y yo accedí gustoso; nada mejor podía habersele ocurrido. Era una de esas noches tropicales que no se disfrutan sino en América: el cielo se ostentaba puro, espléndido, la brisa era refrigerante, la luna rieblaba sus fulgores en el mar, cuyas aguas tranquilas asemejaban las de un gran rio. Y bien necesitaba yo de todo esto para calmar la angustia y ansiedad que el reconocimiento de Enriqueta habia dejado en mi alma, y que lejos de poder ocultar como pretendia, tuve que comunicar á mi amigo á los pocos instantes de habernos embarcado.

—¿Pero tú conocías á esa muger antes de ahora? me preguntó éste.

—Hace tres dias que he llegado, le contesté. Vivo contigo, no me he separado de ti un solo instante.

—¿Y ninguno te ha hablado de ella, ni la has conocido en Europa?

—Por los recuerdos de mi querida madre te juro que nunca he oido hablar de ella, y que es esta la primera vez que la veo.

—¿Es cosa particular! pronunció mi amigo entre dientes y meneando la cabeza, de modo que picó mucho mi curiosidad.

—Cuéntame, le dije al momento, lo que sepas de ella, dime quién es Sara.

—Una viuda rica, amable, que da muchas limosnas, una muger á quien todos llaman ángel.

—Yo no te pregunto lo que la llaman, sino lo que es; tú sabes algo de ella.

—De positivo no; hay tal misterio en su carácter y en sus antecedentes, que ninguno puede decir que la conoce, á pesar de hacer mas de dos años que se estableció aquí. Esto me convence de que nadie te ha podido hablar de ella, lo cual hace crecer mi extrañeza y admiracion hasta un punto inesplicable.

—Luego sabes algo; habla por Dios, y cuenta con mi discrecion.

—Escucha, pues, una historia que me han referido hace seis meses, y no hagas sobre ella comentarios ni aplicaciones. Lo que te voy á contar debes olvidarlo en seguida, al menos mientras permanezcas en esta ciudad.

En 1840, en un pueblecito que baña el Niágara próximo á donde sus inmensas cataratas se derrumban, vivía modesta y oscuramente una familia inglesa, compuesta de Sir Jorge H., de Enriqueta su hija, joven de 20 á 22 años, y de Sara que tendria exactamente la misma edad. Esta última, aunque mirada por Sir Jorge con el mismo cariño y consideracion que Enriqueta, no era sino una infeliz huérfana, hija de un honrado y antiguo militar, amigo suyo, á la cual habia recogido, y dispensaba el afecto de un padre. No recuerdo si me contaron la causa á cuya virtud esta familia se habia visto en la necesidad de emigrar de Inglaterra su patria, buscando un asilo en los dominios de la siempre hospitalaria Union; pero sea de ello lo que quiera, yo he echado en olvido esta circunstancia, con tanta mas razon cuanto que por fortuna en nada afecta al interés de mi relato.

Vivia Sir Jorge con modestia, aunque con cierto desahogo, sin duda por ciertas cartas que recibia mensualmente de Londres, y que remitía inmediatamente á una casa de comercio de New-York. Por lo demás: quien se hubiera detenido á observar su método y economia, mas que escasez ó miseria, habria creído sorprender el plan de vivir oscurecido, de no llamar la atencion de nadie. Pero Sir Jorge padecía una enfermedad crónica doblemente grave por su edad bastante avanzada, y un día, conociendo que la muerte iba á cortar el hilo de su destruida existencia, llamó á Enriqueta y Sara, de las cuales se despidió tiernamente, confiando á la primera algunos papeles y secretos de familia. Apenas eran transcurridos diez dias de esta desgracia, cuando se recibió en la casa del difunto Sir Jorge una carta de Inglaterra dirigida á éste. Enriqueta, á quien el dolor tenia fuera de tino, la entregó á Sara rogándole que la leyese. Estaba concebida en estos ó semejantes términos:

«Querido Jorge: cuán grande es mi alegría al poder anunciar que vamos á vernos pronto. Si, ha cesado de ejercer su influencia contra nosotros la estrella fatal de nuestra familia, y un porvenir de felicidad nos sonríe. Dentro de pocos dias salgo para el Havre; ponte en camino en direccion al mismo punto luego que recibas esta.

Dí á Enriqueta, mi querida Enriqueta, que á ella voy á consagrar únicamente toda mi inmensa fortuna, que tanto la hará brillar en el mundo. ¿Y qué sorpresa será la mia? ¿Cómo la voy á encontrar? ¡Yo que no la conozco, pues que su infeliz madre la llevaba aun en el seno cuando abandonó á Inglaterra!

Jorge, las emociones violentas que en este momento me agitan, no dejan correr la pluma.... Embárcate para el Havre.... Adios: tu hermano

GUILLERMO.»

—¿Qué feliz vas á ser! exclamó Sara al concluir la lectura de esta carta.

—¡Y mi padre! mi pobre padre para quien la fortuna ha sido tan cruel, que solo se le presenta ahora, porque sabe que su deslumbrante atractivo no le ha de despertar, en la tumba!

—Vas á ser rica, muy rica.... ¡Y yo!

—Tú no te apartarás nunca de mí, tú tendrás siempre lo que yo tenga. ¿Lo dudas acaso?

—¿Con que ese tío tan rico no te conoce, no te ha visto nunca? preguntó Sara con aire de incomprensible distraccion.

—Sin duda, respondió la huérfana sin apercebirse de lo extraño de aquella pregunta.

Pocos dias despues las dos jóvenes se encontraban en New-York, y aunque ambas se disponian á embarcarse para el Havre en un bergantín inglés, este se dió á la vela el día anunciado, sin llevar á su bordo mas que á Sara.

—¿Y Enriqueta? pregunté á mi amigo sin poder respirar apenas.

—No sé; los periódicos de la capital anunciaron al día siguiente que en uno de los estremos de la población, no muy distante de unos baños públicos, había aparecido el cadáver de una jóven, á quien el mar arrojaba despues de haber arrebatado la vida.

—¡Dios mío!

—Sara llegó al Havre; Sir Guillermo lloró mucho la muerte de su hermano, pero encontró motivo de consuelo en la posesion de una sobrina hermosa y angelical, con la que partió á Inglaterra inmediatamente. En cuanto á la clase de afecto que Guillermo consagró á Sara (la cual se llamaba Enriqueta desde que dejó el nuevo mundo) no le puede haber mas puro ni santo; y sin embargo, á los dos años de esto, contrajo enlace matrimonial con ella. Se dice que Sara le asedió constantemente, que supo engendrar en su alma, á pesar de lo gastada que por los años la tenia, una pasion tan violenta como criminal, y que el pobre Guillermo no pudo resistir á una seduccion de todos los dias, de todos los momentos. ¡Y qué desgraciado fué! Su jóven esposa, á quien sin duda la naturaleza había concedido una hermosura singular, y un atractivo poderoso, no tardó en corresponderle con desvio, luego que dueña de una inmensa fortuna, y de un nombre respetable se entregó á los encantos de la vida opulenta, y á los placeres del gran mundo. Un noble mancebo que pertenecía á la primera sociedad británica, se mostró apasionado de ella, y Sara acabó con la existencia de Sir Guillermo, cuya generosidad fué tal, sin embargo, en sus últimos instantes, que la declaró heredera universal de todos sus

bienes. Sara vistió luto, y siguió siendo compasiva con su amante; pero este no tardó mucho en abandonarla, contrayendo un enlace de alta conveniencia.

—Entonces Sara lo mataria, con mas á su muger, y á los parientes de entrambos; dije á mi amigo interrumpiendo la relacion, y preparándome á oir nuevos y abundantes crímenes.

—Nada de eso, respondió este sonriéndose: el desaire hirió tanto su orgullo de muger, y le produjo tan fuerte despecho, que abandonó la Inglaterra, y emprendió larguísimos viages por Europa y América, aunque nunca por los Estados-Unidos, en que asegura no haber estado jamás.

La historia había terminado, y nuestro paseo tambien; mi amigo se despidió de mi reiterándome que fuera discreto, y yo le repetí una y mil veces que la frenología era una gran ciencia y que hacia perfectamente en irle dando crédito. Una vez en mi cuarto, no pude dormir aquella noche, lo que comprenderá el lector tan fácilmente como que Sara, la heroína de la lúgubre historia contada por mi amigo, era la jóven huérfana recogida por Sir Jorge, y la milady Enriqueta á quien yo había reconocido creyendo encontrar en su cabeza una pésima organizacion.

Por lo demás, si mi amigo pretendió reírse conmigo y darme una leccion, ¿quién dudará que yo á trueque de que su relato no fuera sino pura invencion, sacrificaría gustoso la vanidad de aprendiz de frenólogo, y mi entusiasmo por el estudio de la craneoscopia?

EMILIO BRAVO.



(Hospital de San Dionisio en los Bajos Pirineos.)

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

NOVELA

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

(Continuacion.)

Turbado y confuso guió á su casa el amenazado cajero, tentándose por el camino los pulsos y mas partes de donde podia temer algun salto repentino y mortal; pero hallándolo todo en su debida disposicion, y no siendo el crédito del adivinante muy abonado, medio burlándose de él y medio temeroso, entró en su casa, y sin decir nada á su esposa por no darla pena, pidió de cenar, que le trajo ella muy diligente, habiendo conjeturado de sus acciones que ya se habia dado principio á aquel estratagema. Comió poco y mal, y diciéndole le hiciesen la cama, se comenzó á desnudar, suspirando de cuando en

cuando: preguntóle lo que tenia, fingiendo sentimientos amorosos la codiciosa burladora; á que satisfizo fingiendo disgustos con el genovés, que le habian desazonado. Consolóle ella lo mejor que supo, acostáronse, y fué aun menos el sueño que la cena; notando ella, aunque fingia dormir, cuán buenas disposiciones se iban introduciendo para el fin de sus deseos. Madrugó mas de lo ordinario, algo descolorido, y acudiendo á su ejercicio acostumbrado, fueron de suerte las ocupaciones de aquel dia; que no pudo ir á comer á su casa, dándosele en la del genovés su amo. Al anochecer, cuando se tornaba á su posada, estaban á la esquina de una calle, por donde forzosamente habia de pasar, el teniente de su parroquia y otro clérigo con dos ó tres hombres prevenidos por el pintor á instancia de la dicha cajera, diciendo cuando llegaba cerca de ellos, fingiendo no verle, y de modo que pudiese oírlos: «lastimosa muerte por cierto ha sido la del malgrado Lucas Moreno», que así se llamaba el escuchante. «Lastimosa» respondió el otro clérigo, «pues sin sacramentos ni otra prevencion cristiana le hallaron muerto en su cama esta mañana, estando su mu-

ger, que le amaba tiernamente, de puro dolor cerca de hacerle compañía.—Lo peor es, dijo otro del corrillo, que el astrólogo su vecino afirma que se lo avisó ayer; y haciendo burla de su pronóstico, sin desmarañar las trampas que los de su oficio traen entre manos, se dejó morir como una bestia.—Dios tenga misericordia de su alma, replicó el cuarto, que es de quien podemos tener compasión; que la viuda con doté queda, de lo que quizá él ganó mal, con que asegurar el matrimonio:—y vámonos á acostar, que hace mucho frío.» Iba el pobre Lucas Moreno á satisfacerse de ellos, y saber si había otro de su nombre que se hubiese muerto aquel día; pero ellos, de industria, dándose las buenas noches, se desaparecieron dejándole con la turbación que podeis imaginar. Caminó confuso adelante, y en una calle antes de la suya, halló al astrólogo hablando con el pintor, que en viéndole venir dijo como que proseguían la plática de su muerte: «no me quiso creer á mi cuando ayer le dije que se había de morir dentro de veinte y cuatro horas: hacen burla los ignorantes de la astrología; tómese lo que le vino; que yo sé que esta es la hora en que está bien arrepentido de no haberme dado crédito.» Respondió el pintor: «era notablemente cabezudo el malogrado de Lucas Moreno, y no poco gloton: debió de comer alguna fiambre genovesa, y darle alguna apoplejía. Dios le tenga en su gloria, y consuele á su afligida mujer: que cierto que habemos perdido un buen amigo.» No pudo sufrirle el confuso cajero, y llegándose á ellos les dijo: señores ¿qué es esto? ¿quién me hace las honras en mi vida ó tomando mi forma se ha muerto por mí? que yo bueno me siento gracias á Dios. Echaron á huir entonces los dos, fingiendo espantosos asombros, y diciendo á voces: «¡Jesus sea conmigo! ¡Jesus mil veces! El alma de Lucas Moreno anda en pena; alguna restitución pide que hagamos de su hacienda, por la que debe de haber mal ganado. Conjúrote de parte de Dios que no me sigas, sino que desde donde estás me digas qué quieres,»—dejándole con esto á pique de sacarlos verdaderos, según el sobresalto que le causó tan apoyada mentira. Prosiguió medio desmayado y sin pulsos hasta cerca de su casa; y junto á ella vió al amigo celoso que fingía salir de ella, y le estaba esperando para acabarle de desatufarle. Hfóselo el encontrado, y al emparejar con él, volvió dos pasos atrás; y haciéndose cruces dijo: «¡ánimas benditas del purgatorio! ¿es ilusión la que veo, ó es Lucas Moreno difunto? Lucas Moreno soy, pero no esotro, amigo Santillana,» dijo el asombrado mentecato; «¿de qué os santiguáis, ó cuándo me he muerto yo para hacer tantos aspavientos? Asíole entonces de la capa, porque no huyese; y él dejándosela en las manos, se fue dando gritos, santiguándose y diciendo: «abrenuncio espíritu maligno; no debo á Lucas Moreno sino seis reales que me ganó á los bolos el otro día; pero *quod non ponitur non solvitur*; si vienes por ellos, vende esa capa, que no quiero trabacuentas con gente del otro mundo.» Fuese huyendo con esto, quedando nuestro Moreno tan pasmado, que faltó poco para no dar consigo en tierra. «Alto: no hay mas, yo debo de haberme muerto,» decía entre sí muchas veces: «Dios debe enviarme á esta vida en espíritu, para que disponga de mi hacienda, y haga testamento. Pero (válgame Dios! si me morí de repente, ¿cómo no vi á la hora postrera al demonio, ni me han llamado á juicio, ni puedo dar señal del otro mundo? Y si soy alma, y el cuerpo quedó en la sepultura, ¿cómo estoy vestido, veo, toco y uso de los sentidos corporales? ¿Si he resucitado? Pero si fuera así, ¿no hubieran visto á oído algún ángel que de parte de Dios me lo mandara? Mas ¿qué sé yo de lo que se usa en el otro mundo? Puede ser que me hayan otra vez revestido de primera carne, y no se acostumbre allá hablar con escribanos; y como mi oficio es de pluma, tendrán por caso de menos valer tratar con gente de trabacuentas. Lo que yo veo es que todos huyen de mí y me tienen por muerto, hasta los que son mis mayores amigos; y según esto debe de ser verdad. Pero si dicen que el mas amargo trago es el de la muerte, ¿cómo no la he sentido ni me ha dolido nada? Las repentinas deben de entrarse sin duda por una puerta y salirse por otra, sin dar lugar al dolor para hacer su oficio. Pero ¿si fuese alguna burla de mis amigos...? que el tiempo es acomodado para ellas, y hasta agora ninguno de los que me encuentran por la calle hace aspavientos de verme sino son ellos: ¡válgame Dios por muerte tan á poca costa!» Haciendo estos discursos desvariados llegó á su casa, y hallándola cerrada, llamó con grandes golpes. La noche entraba fría y oscura, y la capilosa muger estaba prevenida de lo que había de hacer y avisada de lo que había pasado. Tenía sola una criada en casa, habiendo de industria enviado dos leguas de allí con un recado fingido á dos criados que vivían en ella: la moza era tan gran bellaca como su señora, y en oyendo llamar, respondió con una voz lastimada: «¿quién está ahí?—Abreme, Casilda,» dijo el difunto vivo. «¿Quién llama, replicó, «á esta hora en casa donde solo vive el desconsuelo y la viudez?—Acaba ya, necia, volvió á decir, que soy tu señor: ¿no me conoces? Abre, que llovizna y hace mas frío del que permite este lugar.—¡Mi señor, respondió ella, ¡pluguiera á Dios! Ya le pudre la tierra; ya está en parte donde

por lo que sabía de cuentas le habrán hecho cajero mayor del infierno, que allí todas se pagan á letra vista, si Dios no ha tenido misericordia de su ánima.» No pudo entonces impaciente sufrir tantas verificaciones de su muerte; y así dando un puntapié al postigo, que no estaba para aguardar otro, quebrando la alda le abrió, huyendo la criada y dando las voces que los demás que había encontrado en la calle. Salíó á ellas la muger en hábito de viuda recoleta, fingiéndose alborotada; y en viéndole, se cayó desmayada diciendo: «¡Jesus! ¡qué veo! Faltó poco para no hacer lo mismo el asombrado marido, y tuvo por infalible que estaba muerto. Con todo eso, en pago de las muestras de sentimiento que en su mujer había visto, la llevó en brazos á la cama, desnudándola y echándola en ella, que aunque lo sentía todo, se daba por medio difunta. La moza se encerró en otro aposento, disimulando la risa y vendiendo miedos que no tenía. En fin, el pobre ánima en pena, sin averiguar si comían ó no los del otro mundo, abrió un escritorio y dió tras una gaveta de bocados de mermelada, acompañándola con bizcochos y ciruelas de Génova, que ayudó á pasar con los empujones de una bota, cuya alma le había infundido la Membrilla; pareciéndole que no era tan trabajosa la otra vida, pues hallaban tal ayuda de costa los que caminaban por ella. Dióse tan buena maña nuestro Lucas Moreno en fortalecer el corazón desfallecido con el cordial remedio, que cogiéndole algo flaco y desvanecido con las ilusiones burlescas, y subiéndole el licor de Noé, sino á las barbas á la cabeza, se halló en la gloria de Baco, desnudándose á zancadillas y echándose al lado de la que todavía disimulaba su desmayo y se tragaba la risa; con no poca resistencia de ella, que reventaba por salir. En fin se acostó desmayado y lo otro, embistiendo el sueño con aceros vinosos; que no hay tal jarabe de adormideras como el que saca un lagar. El durmió hasta la mañana soñando purgatorios, infiernos, y glorias; y entre tanto vinieron los burlescos amigos á informarse de lo que pasaba de la criada, y celebraron la buena elección que el difunto había hecho, amortajándose por de dentro de pies á cabeza con las telas que teje Baco. Amaneció viendo que todavía estaba durmiendo su marido la cautelosa cajera, y se levantó y vistió de gala, enviando fuera de casa el monjil viudo y las hipócritas tocas; compuso la cara de fiesta, y volviendo á la cama, despertó al aparente finado, diciéndole: «¿hasta cuándo habeis de dormir, marido mío? ¿Aun no se han digerido los humos con que anoche os acostásteis?» Estremecióle los brazos, tirándole de las narices; con que dando hostezos volvió en sí; y viendo á su mujer tan compuesta, la cara de regocijo y sin los lutos y llanto de la noche pasada, admirado de nuevo dijo: «Polonia, ¿adónde estoy? ¿Hasté tú también muerto como yo, y en té del amor que me tenias en el siglo y te ha sacado de él, vienes á celebrar en este mundo nuevo segundas bodas? ¿De qué enfermedad ó cómo salí de la otra vida? que vive Dios (si en esta se puede jurar) que no sé cómo me he muerto ni á qué parte me ha echado el cielo. ¿Hay camas y aposentos por acá? ¿Vendese vino y bizcochos? ¿Qué arriero me trajo mi escritorio? que yo anoche saqué de él provision bastante á consolar la soledad que sin ti sentía por estos países no conocidos.—¡Buen humor,» respondió la astuta fisgona, «crian en vos, marido mío, las carnestolendas! ¿Qué chilindrinas son esas? Acabad, levantaos; que ha enviado á llamarnos el genovés dos veces.—¡Luego no estoy muerto ni me enterraron ayer? replicó él.—«En vos á lo menos, replicó entonces ella, debió de enterrarse anoche el alma de nuestra bota, según está de macilenta, pues decis esos disparates.—Si las almas se entierran, Polonia de mi vida, volvió á decir, es verdad que anoche la hice las boncas; pero ya yo lo estaba en la parroquia, lastimado el teniente, tristes nuestros amigos, llorando Casilda y enlutada vos.—Acabad agora de ensartar chanzas,» replicó ella, «que os llama nuestro genovés.—» ¿Luego también los hay acá? preguntó él: «no debo yo estar en carrera de salvación, pues puedo ir donde habitan cambios (1) y se hospedan trampistas.—Dejémonos de pulas,» dijo Polonia, «y levantaos de ahí, que parece que habláis de veras, y estais echando bernardinas (2).—Muger, por nuestro Señor, respondió Lucas Moreno que há veinte y cuatro horas que estoy muerto, y no sé cuántas enterrado; preguntádselo á Casilda, al teniente-cura de nuestra parroquia, al pintor nuestro amigo, á Santillana el celoso, al astrólogo nuestro vecino, y á vos misma viuda anoche y enlutada, y agora á lo que imagino, muerta como yo; que si no me acuerdo mal, anoche os llevé sin pulsos ni aliento á la cama, y os debió de costar el espanto de verme la vida; y sin saber cómo, de la suerte que yo, estais en esta y no lo acabais de creer.—¿Qué tropellas son estas, marido mío? dijo la fingida turbada. «Anoche, ¿no nos acostamos buenos y sanos? ¿Qué entierros, difuntos ú otros mundos son estos? Casilda, llámame al astrólogo nuestro vecino, que también es médico, y nos dirá lo que le ha dado á mi buen Lucas Moreno; que estas mugercillas con quien trata le deben de haber trastor-

(1) Cambistas, girantes.
(2) Mentiras, bulas.

nado el seso.» No sabía qué se decir el atronado marido, ni si estaba loco, muerto ó vivo, ni la muger podía sacarle de que era espíritu que volvía á poner órden en su hacienda. En esto entraron los dos ayudantes de la burla, y refiriendo ella lo que pasaba, le afirmaron (no sin reírse) de que estaba no solo en este mundo, pero en Madrid y su casa, y que si daba todavía en su tema pararía en la del Nuncio. Vino luego el astrólogo, llamado de la criada, y afirmó que el desvanecimiento de sus libros de caja y cuentas le tenían barrenado el cerebro; con que él consolado de que vivía y airado de que le tuviesen por loco, les dijo: «Pues si es verdad que no estoy muerto, ¿de qué sirvieron los espantos y conjuros con que ayer huísteis de mí, haciendos mas cruces que tiene una procesion de penitentes?—¿Vos me visteis ayer á mí? replicó el astrólogo. ¿Cómo puede eso ser, si estuve encerrado todo el día en mi estudio levantando figura sobre descubrir los ladrones de una joya de diamantes?—Yo á lo menos, dijo el pintor, no salí del monasterio donde trabajo, hasta las once de la noche.—Pues yo, añadió el viejo, tampoco vi ayer la calle, ocupado en despachar un propio á la montaña mi tierra.—Peor está que estaba, dijo él, casi loco de veras. Vos, señor vecino, ¿no me dijisteis anteaer por la noche, que segun la mala color, los indicios del pulso y pronóstico de vuestras figuras, habia de morirme dentro de veinte y cuatro horas?—¿Yo? replicó él, pues ha mas de cuatro dias que no nos vemos y ¡jura salis con eso! Volved en vos, señor Lucas Moreno, que lo debeis de haber soñado esta noche.—Como ello sea sueño y no pura verdad, replicó, yo haré la costa del martes de carnestolendas, en albricias de la vida que no sé si tengo.—Aceptamos la fiesta, respondieron todos; y para que os acabeis de desengañar, vestios y vamos á oír misa á la parroquia: vereis lo que puede en vos la imaginacion vehementemente. Hizolo así el incrédulo finado;—y para no cansaros le sucedió lo mismo con los clérigos que vió el día pasado tratar de su entierro, que con los demás amigos. Riéronse y diéronle picones, que por no hallarse con caudal para sufrirlos, le obligaron despues de haber cumplido con el convite, á que se ausentase de Madrid á negocios del genovés por quince dias, dando en ellos lugar al olvido que en la corte sepulta brevemente todos los sucesos por peregrinos que sean: dejando concertado su mujer con todos los participantes en la burla, no dicesen el misterio de ella á su marido, sino que le persuadiesen á que fué sueño, temerosa de que no hiciesen sus espaldas la costa.

Entre tanto que nuestro cajero experimentaba ausente que estaba vivo, y se moria la fama de su entierro en sueños, no se descuidó la muger del pintor de ejecutar la burla que tenía imaginada, envidiosa de la buena salida que habia tenido la de su competidora. Para lo cual concertándose con un hermano suyo, amigo de entretenerse á costa ajena, envió el jueves siguiente á la plazuela de la Cebada á que le comprase una puerta de las muchas que tales dias traen á vender allí, que fuese á medida de la que en su casa salia á la calle, y por vieja pedían la jubilasen. Trájola con todo secreto de noche, y escondida donde el pintor no pudiese verla, avisó al burlon hermano de lo que habia de hacer, y le encerró con otros dos amigos en el sótano. Vino dos horas despues su marido, quedándose en el monasterio, donde pintaba, los aprendices que tenía moliendo colores; porque se habia de acabar el retablo para la Pascua, y era necesario darse prisa. Recibióle Mari-Perez (que así se llamaba la codiciosa pintora) con todo cariño y amor; acostáronse temprano porque le importaba el madrugar, y durmieron hasta la media noche (digo, el descuidado marido; que ella mal pudiese, preñado el entendimiento con tantas arquitecturas burlescas): y llegada aquella hora, comenzó á dar voces y quejarse á gritos la engañosa casada, diciendo: «¡Jesus! que me muero: marido mio, mi hora es llegada; tráigame confesion presto, presto, que me muero:» y otros extremos semejantes que saben muy bien hacer las mugeres cuando se les antoja. Preguntábala compasivo su compañero lo que tenia; respondiendo solo: «¡Jesus! ¡Madre de Dios! que me muero: confesion, sacramentos, que perezo.» Levantóse á las voces una sobrina que tenia en casa á suplir los ministerios de una criada, y era tambien partícipe en el engaño: la cual llorando de verla así, aplicándole paños calientes á las tripas, dándola tostadas en vino y capela, y haciendo otros remedios semejantes, sin que el dolor cesase porque la enferma no queria, hubo de obligar al desvelado Morales (que ese era el nombre del pintor) á que se levantase, harto contra su voluntad, coligiendo de la complexion que en su muger conocia, y afirmándole ella y la sobrina, que aquel accidente era mal de madre, ocasionado de una ensalada que habia cenado, cuyo vinagre recio y una rebanada de queso otras veces la habian puesto en el último peligro de la vida. Riñóla de que no escaurmentase de tales escesos; y ella le dijo medio ahogada: «no es hora, Morales, agora de reprender lo que no se puede remediar; vayan á llamar á la madre Castejona, que sabe mi complexion; y ella sola puede aplicarme con que se me alivie este mal rabioso; ó sino ábrannme la sepultura.—» Muger mia, respondió el afligido esposo; la Castejona se ha ido á vivir junto á la puerta de Fuencarral; nosotros estamos en Lavapies; la noche es de invierno, y si no mien-

ten las goteras, ó llueve ó nieva: aunque yo vaya con todas estas descomodidades, ¿cómo sabremos que se querrá levantar? La otra vez que os apretó este achaque, me acuerdo yo que se os fué con dos onzas de triaca de esmeralda caliente en la cáscara de media naranja, y puesta en la boca del estómago: yo iré á la botica por ella; por amor de Dios que os soseguéis, y no me consintais hacer tan larga diligencia, pues ha de ser inútil, y yo tengo de volver con otro mal de madre peor que el vuestro.» Comenzóse á quejar entonces mas recio que nunca, y á decir: «¡Bendito sea Dios que tan buena compañía me ha dado! ¡Miren qué imposibles le pido! ¡qué enterrarse conmigo si me muero! ¡qué sangre de sus brazos! ¡qué desperdicio de su hacienda! sino que me llame una comadre á costa de mojarse un par de zapatos. Ya yo sé que deseais vos renovar matrimonio, y que á cada grito que yo doy dais vos una cabriola en el corazon; y por eso escusais cualquiera diligencia que estorbe vuestros deseos y mis dolores. Volved á acostaros, sosegad y dormid; que si yo me muere, declaradé dejaré que me distes soliman en la ensalada de anoche.—» Muger, muger,» respondió el marido «menos libertades, que no tienen los males de madre exenciones de atrevimientos, y podría ser que con un palo os trasiegué el dolor desde las tripas á las espaldas.»—«¡Palos á mi señora tia!» dijo la doncella taimada, ¡malos años para vuesa merced y para quien no le sacara los ojos primero con estas uñas!» Iba el pintor á que pudiese la postura á no sé cuantos pretinazos la sacudida moza, que escusó huyendo y dando mayores gritos con alharacas mortales. Volvió á pedir la doliente «confesion, comadre, sacramentos, que me muero, ¡ay, que me han dado rejalgas! ¡Jesus! no es este mal de madre, sino mal de marido.» Temió alguna burla mas pesada de la que sin saberlo le comenzaban á hacer al enojado Morales, y que si se moria dejando fama que él la habia hecho la costa, era echar la soga tras el caldero, y hubo de apaciguarla con caricias y amores, y encender una linterna, bien necesaria para la oscuridad y lodos, poniéndose unas botas, capa asuadera, la capilla sobre el sombrero, y salir en busca de la comadre Castejona, registrándole las goteras que despachaban los tejados á cántaros. Sabia el buen Morales que se habia pasado la dicha comadre á la calle de Fuencarral, pero no á qué parte de ella; y lloviendo como es dicho, sin persona en la larga distancia que hay desde Lavapies á aquel barrio, la noche como boca de lobo, y él renegando de su matrimonio, juzgad vosotros ahora si se tardaría muy buen espacio de tiempo en hallar lo que buscaba y no habia menester; que entre tanto que él se va echando en remojo, volveré yo á la enferma de bellaqueria, y no de males de estómago, la cual en viendo fuera de casa á su buscon marido, llamó á su hermano que estaba escondido en la cueva con otros dos amigos, y en un instante quitaron la puerta antigua de la calle y pusieron la nueva, que ya tenia su cerradura y alabla, y se habia ajustado á los quicios y medido, de suerte que sin ruido se asentó como de molde. Encima de ella en el frontispicio clavaron una tabla mediana y escrito en campo blanco, *casa de pesadas*. Hecho esto, trujeron una caterva de amigos que vivían cerca de allí, con sus mugeres, dos mastines gruñidores, guitarras y castañetas, y de casa de un figon cena y gira acomodada con el tiempo, celebrando con bailes y borracheras el naufragio del pobre busca-comadres, que sin hallar la Castejona, no hizo mas que importunar aldbas y despertar vecinos. Con el agua á media pierna y la paciencia al gollote, llegó nuestro pintor á su casa, y oyendo desde la puerta las voces, bailes y grita que pasaba dentro, pensando que la habia errado levantó la linterna; y reconociéndola, vió las puertas nuevas y la tablilla de posadas sobre ella, que le desatinó sobre manera. Volvió á examinar la calle y halló que era la de Lavapies. Recorrió las casas colaterales, y conoció que eran las de sus vecinos. Reparó en las de enfrente y halló las propias de siempre. Volvió á la suya, y desconoció la novedad de su puerta y reciente oficio de su título. «¡Válgame Dios!» dijo haciéndose cruces, «hora y media há que sali de mi casa donde mi muger estaba mas para llantos que para bailes; en ella solo vivimos los dos y su sobrina: las puertas, aunque menesterosas de reformation, eran las mismas cuando sali que los otros dias: casas de posada en esta calle, no las vi en mi vida; y cuando las hubiera, ¿quién pueda de noche y en tan breve tiempo haberle dado á la mia este ventero privilegio? Pues decir que lo sueño no es posible, que tengo los ojos abiertos y los oidos examinadores de este encantamiento; echar la culpa al vino en tiempo de tanta agua, es obligarme á la restitucion de su honra: pues ¿qué puede ser esto?» Tornó á tentar y ver y oír puertas, tablilla y bailes, sin saber á qué atribuir tan repentina transformacion, y asiendo de la aldba dió golpes con ella bastantes á despertar el barrio, que no oyeron ó no quisieron oír los bailadores huéspedes. Asegundó aldbadas mayores, y despues de haberle tenido á curar como lienzo de Galicia un buen rato á las goteras, abrió un mozo la ventana de arriba con un candel encendido en la mano, y un tocador (1) en la cabeza entre súcio y roto, diciendo:

(1) Páuelo.



«No hay posada, hermano; vaya con Dios, y menos golpes; que le coronará por nécio un orinal de seis días.—Yo no busco posada que no sea mía.» respondió el pintor, «sino que me dejen entrar en mi casa, y me diga el que se hace mandon en ella quién en hora y media le ha dado el nuevo oficio de hostería, habiéndole costado su dinero á Diego de Morales?»—De parras debía de ser,» respondió el mozo, «el que os desgoberna la lengua, hermano mío! para quien tan aferrado viene, poco daño le hará el agua de las goteras: váyase noramala, y no me toque otra vez la puerta, que le echaré un mastín que le abra media docena de botanas.» Cerró con esto de golpe la ventana, y prosiguió dentro la gira y bureo, y el pobre pintor dándose á los diablos, imaginaba que alguna hechicera le hacia estos trampantojos. Menudeaba el cielo cántaros de agua y nieve, á vueltas de un cierto que le desembarazaba el cerebro. La vela de la linterna se había acabado, y con ella la paciencia de su portador; y así, volviendo á dar mayores golpes á la aldbá, oyó que respondía de dentro uno: «mozo, daca un palo, suelta esos mastines, sal allá fuera, y hazle á ese borracho una fricación de espaldas, con que se le desembarace la cabeza.» Abrióse la puerta entonces; y salieron dos perros, que á no detenerlos el mozo, y cerrar tras sí, hicieran que llorara el confuso pintor la burla de verás.—«Hombre del diablo!» dijo el ministro, «¿qué nos queiréis aquí con tantos golpes? ¿no os han dicho que no hay posada?»—«Hermano, esta es la mía,» respondió él, «quién diablos la ha convertido en meson, siendo ella desde mis padres acá de Diego Morales?»—«¿Qué decis, hermano? replicó, ¿qué Morales ó azotafos son esos?»—«Yo lo soy, dijo, por la gracia de Dios: pintor conocido en esta corte, estimado en este bárrio y habitador de esta casa mas ha de veinte años. Llamadme á mi muger Mari-Pérez, si no es que tambien se ha transformado en mesonera, y sacaráme de este laberinto.»—«¿Cómo puede ser eso, prosiguió el mozo, si ha mas de seis años que esta casa es hospedería de las mas conocidas de cuantos forasteros vienen á Madrid, su dueño Pedro Carrasco, su muger Mari-Molino, y yo su criado? Andad con Dios, que á no teneros lástima, yo os curara por el ensalmo de este garrote la enfermedad viciosa que os deslumbra.» Volvió á cerrar la puerta, entrándose dentro, y el espelido dueño de su casa atarantado, sin saber qué se decir ni hacer, á oscuras y atrancando lodos, se fué á la del celoso Santillana. Llamó á ella, y haciéndole levantar casi á las cuatro de la mañana, encendió luz creyendo que le había sucedido algun desastre ó pendencia; preguntóselo, é informado de lo que pasaba, hizo levantar á su muger y aunque ella sabia el fin á que tiraba la burla, la hizo en compañía de su marido del aguado pintor, atribuyéndolo á los hechizos y tropelias, que Yebes y S. Martín (de quienes era un poco devoto) suele hacer en tales noches y tiempos. Encendieron lumbré en que se calentó, dejaron á enjugar su ropa, limpiáronle las botas, y dándole matraca sobre el fieltro que resistió mejor el agua que sus físgas, le acostaron en una cama que le hicieron, porfiando él en acreditar lo que había visto, y ellos en afirmar que venia, como dicen, calamocano.

(Concluirá.)

MELODIAS HEBBEAS.

(LORD BYRON.)

Ella se acerca radiante de hermosa.

Ella se acerca radiante de hermosa como la noche de los climas sin nubes y los cielos estrellados: todo cuanto la sombra y la luz tienen de mas encantador se ha reunido en su semblante y en sus ojos; una dichosa alianza produce en ella esa dulce claridad que el cielo niega al esplendor del día.

Una sombra de mas, un rayo de menos, hubieran casi alterado la gracia inefable de cada trenza de sus negros cabellos, que esperece un encanto seductor en su rostro. La serenidad de sus facciones revela la pureza de sus pensamientos.

La sonrisa y el rubor que animan aquellas mejillas y aquella frente tan dulce, tan tranquila y tan elocuente, recuerdan dias pasados en la virtud, un alma en paz con toda la tierra, y un corazón cuyo amor es inocente.

El harpa del rey poeta.

Rotas estan las cuerdas del harpa del rey poeta, del príncipe de los hombres y del elegido del cielo; esta harpa no es ya el harpa conagrada por las lágrimas que vertían todos aquellos que escuchaban sus acordes melodías. ¡Dóblese el llanto; sus cuerdas estan rotas!

Ella ablandaba con su dulzura los corazones de hierro, y les comunicaba virtudes; no había oído tan insensible ni alma tan fría que resistiesen el poder de sus sonidos. ¡El harpa de David era mas poderosa que su trono!

Ella cantaba los triunfos de nuestro rey; celebraba la gloria de

nuestro Dios; regocijaba nuestros valles, y hacia inclinarse á nuestros cedros y á nuestras montañas; sus armonías subían al cielo, y allí resuenan ahora.

Desde entonces... no se les oye en la tierra; pero la piedad y el amor arrebatan aun el alma con sonos que parecen salir de los átrios celestiales, sumergiéndola dulcemente en esos sueños que la resplandeciente claridad del día no puede interrumpir.

Si en ese mundo elevado...

Si en ese mundo elevado que está mas allá del nuestro el amor sobrevive con nosotros; si el corazón del objeto amado nos conserva allí su ternura; si sus ojos son los mismos, aunque no humedecidos por el llanto, ¡cuánta no será la felicidad de ser admitido en esas esferas desconocidas! ¡Cuán dulce no sería morir en esta misma hora, volar lejos de la tierra y ahogar todos nuestros temores en el océano de la eternidad!

Y así será; no es por nosotros mismos por lo que temblamos en la ribera, cuando impacientes por salvar el abismo, permanecemos aun amarrados á la frágil cadena de la existencia. ¡Ah! creamos que en este porvenir encontraremos los corazones que estuvieron unidos á los nuestros, para refrescarnos con ellos en las ondas inmortales, y pertenecerles para siempre sin tener la separación de la muerte.

La Gacela salvaje.

La Gacela salvaje puede aun triscar con alegría sobre las colinas de Judá, y templar su sed en todas las fuentes que brotan de esta tierra santa; sus aéreos pasos se detienen, y su ojo brillante no distingue en torno suyo nada que la espante.

Judá ha oído en otros tiempos sobre estas colinas pasos no menos ágiles, y ha visto ojos mas seductores; ha conocido en estos lugares, hoy desiertos, habitantes mas dignos de embellecerlos. Los cedros balancean aun su follaje sobre el monte Líbano, pero las nobles hijas de Judá no están allí.

¡Mas dichosa es la palmera que sombreá estas llanuras, que la raza dispersa de Israel! La palmera habita el lugar en que se ha arraigado, y es la hija graciosa del desierto; no puede abandonar el sitio de su nacimiento; no podría vivir en un suelo extraño.

Pero nosotros estamos condenados á vagar afrentados y á morir en tierras lejanas; nuestras cenizas no descansarán con las cenizas de nuestros padres; ya no resta ni una piedra de nuestro templo, y la irrisión está sentada en el trono de Salem.

¡Oh! Llorad por aquellos...

¡Oh! Llorad por aquellos que lloran en las orillas del río de Babilonia, por aquellos cuyos templos estan desiertos y cuya patria es un sueño: llorad sobre el harpa despedazada de Judá; gemid... Allí, donde habitaba su Dios, habitan hoy los que no tienen Dios.

¿A dónde, pues, lavará Israel sus pies ensangrentados? ¿A dónde le consolarán los dulces cantos de Sion? ¿Cuándo la melodía de Judá regocijará á los corazones, que saltaban al oír sus acentos celestiales?

Tribus errantes, corazones desolados, ¿á dónde huireis para hallar reposo? La paloma torcaz tiene su nido; la raposa su cueva; los cuervos su patria... ¡Israel no tiene mas que la tumba!

Triste está mi alma.

Triste está mi alma. Pulsa pronto el harpa que amo, y brotará armonías que encanten mis oídos. Si hay en mi corazón una esperanza consoladora, la música la despertará; si hay una lágrima detenida en mis ojos, correrá y no abrasará mis párpados.

Mas yo quiero una melodía melancólica, no alegre; te lo repito: si no lloro, mi corazón lleno de lágrimas va á estallar; él ha alimentado por largo tiempo su dolor... demasiado ha sufrido en silencio y en perpétua vigilia; ha llegado la hora de romperse por un exceso de sufrimiento ó de ceder al poderoso encanto de la armonía.

Por las orillas del Jordán.

Por las orillas del Jordán van errantes los camellos del Arabe; sobre las colinas de Sion oran los ministros de los falsos dioses; los adoradores de Baal se arrojan sobre la roca de Sinai... y en aquel sitio, en aquel sitio mismo ¡oh gran Dios! tu rayo duerme en silencio.

Aquí, donde tu dedo abrasó las tablas de piedra, donde tu sombra brilló sobre tu pueblo, donde tu gloria se cubrió con su manto de fuego... ¡no volverás á aparecer para herir de muerte al que te vea!

¡Oh! brille tu mirada en el fulgor de tu rayo; arranca la lanza de la destrozada mano del opresor; hasta cuándo la tierra será hollada por los pies de los tiranos? ¿Hasta cuándo permanecerá su templo sin culto? ¡oh Dios mío!

La hija de Jephthé.

¡Oh padre mío! Pues que nuestra patria y nuestro Dios exigen que tu hija espere; pues que tu triunfo es el precio de tu voto... hiere el seno que por sí mismo se descubre á tí.

La voz de mi dolor ha espirado; las montañas no deben ya volverme á ver: si la mano que bendigo corta el hilo de mis días, no sentiré el dolor del golpe.

No lo dudes; ¡oh padre mio! no lo dudes; la sangre de tu hija es tan pura como la bendición que imploro antes de que tu cuchilla la derrame... tan pura como el último pensamiento que endulzará la hora de mi muerte.

¡Padre mio, muéstrate heroico é inflexible juez, sin que te ablande el llanto de las vírgenes de Salem! Yo he conquistado la victoria para tí... mi padre y mi país son libres.

Cuando haya corrido esta sangre que te deho; cuando ya no oiga la voz amada, mi memoria será todavía tu orgullo, y no olvidarás que he muerto sonriéndome!

¡Oh tú, que has perecido en la flor de la hermosura!

¡Oh tú, que has perecido en la flor de la hermosura!... no pesará sobre tí un soberbio monumento; pero entre el césped de tu sepultura las rosas desplegarán sus hojas, primicias de la primavera, y el ciprés las bañará con la blanda melancolía de su sombra.

Muchas veces, cerca de esta azulada fuente, el dolor inclinará su lánguida cabeza; alimentará sus profundos pensamientos con largos sueños; despues se alejará triste y silenciosamente, como si sus pasos pudiesen turbar el reposo de la que ya no existe.

Harto sabemos que nuestras lágrimas son vanas; que la muerte no escucha los lamentos; pero gemimos, derramamos lágrimas, y tú misma que me dices que te olvide... tú misma tienes el semblante pálido y húmedos los ojos.

Vi llorar.

Te vi llorar.... Una lágrima brillante se detuvo en el azul de tu pupila, como una gota de rocío en la violeta. Te vi sonreír.... y eclipsaste el resplandor del zafiro, que no pudo competir con los rayos centellantes de tu mirada.

Así como las nubes reciben del sol una suave tinta de luz que las cercanas sombras de la noche apenas pueden disipar, así tu sonrisa comunica la pura felicidad al alma mas triste, y tu mirada deja en pos de sí una claridad que se difunde por el corazón.

Tus días han terminado.

Tus días han terminado: tu gloria comienza; los campos de tu patria

celebran los triunfos de su hijo predilecto, las hazañas sangrientas de su espada, sus conquistas, sus victorias y la libertad que ha dado á su pueblo.

Has sucumbido; pero mientras nosotros seamos libres, no perecerá tu nombre. Tu sangre generosa no caerá en la tierra; circulará en nuestras venas, y tu alma estará en nuestro pecho.

Cuando ataquemos al enemigo, tu nombre será el grito de la victoria; tu pérdida el asunto de los himnos que entonarán las voces melodiosas de nuestras vírgenes! Las lágrimas serian una injuria á tu gloria; no serás llorado.

Saul antes de su último combate.

Guerreros y gefes, si una flecha ó una espada me traspasa el pecho cuando guie el ejército del Señor, no detenga vuestros pasos mi cuerpo ensangrentado, aunque sea un cuerpo de rey: hundid vuestros aceros en el corazón de los hijos de Gath.

¡Oh tú, que llevas mi arco y mi escudo! si los soldados de Saul vuelven la espada y huyen á la aproximación del enemigo, hiere, tiéndeme sin vida á tus pies; quiero ofrecerte á la muerte; ellos no se atreverán á desafiarla.

Adios, guerreros, adios todos, menos tú, heredero de mi trono, hijo de mi corazón; nosotros no nos separaremos jamás! una brillante diadema, un vasto poderío ó una muerte real, hé ahí la suerte que hoy nos espera.

Saul—Oh tú, cuyo encanto puede evocar los muertos, haz que aparezca á mis ojos el profeta.

¡La maga de Endor!—Samuel, alza tu cabeza.

¡Rey!.... ¡mira, mira el fantasma del profeta!....

Abrese la tierra, Samuel se presenta en medio de una nube. La luz varia de color, rompiendo el sudario que le cubre. La muerte brilla con un resplandor vidrioso en sus ojos inmóviles. Sus venas están secas, la mano arrugada; los huesos de sus pies descarnados espantan por su horrible blancura. Los lábios inmóviles y la garganta sin aliento exhalan sordas palabras semejantes al murmullo del viento subterráneo. Saul mira, y se prosterna como cae una encina repentinamente herida del rayo.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 30.

Mano sobre mano como muger de escribano.



(Una escena de Macbeth, cuadro de M. Muller presentado en la exposición francesa.)